

antes sensiblemente separadas : se tenía la seriedad en el gabinete y en la soledad, y lo frívolo y lo divertido en los círculos mundanos. Así, pues, había lugar á un intento de transacción y de conciliación. Nosotros, literatos, que juzgamos desde un poco lejos y sólo por libros, diremos que si Madama de Staël introdujo y mantuvo una especie de seriedad más exaltada, que si Madama Guizot (señorita Paulina de Meulan), no temió á una seriedad más razonadora y perfecta, Madama de Remusat debió buscar una seriedad más unida y más suave. Pero todas estas distinciones son fórmulas dictadas después para uso de los que no han visto. Me apresuro á salir de esto, pues veo desde aquí los verdaderos testigos, los solos que han vivido y que saben, que sonríen.

En la historia (casi imposible desgraciadamente), de la conversación en Francia, un rasgo bastaría para calificar á Madama de Remusat; fué la mujer con quien gustaban más de conversar Napoleón y M. de Talleyrand.

La historia de la conversación, acabo de decir, es imposible, como la de todo lo que es esencialmente relativo y pasajero, y que se refiere á las propias impresiones. ¿Dónde encontrar los elementos y la medida? Aun cuando los propósitos exactos se transmitieran á manuscritos, nos llegarían sin fuerza, pues el papel no sonrío (1). Nada se adapta más al gusto de cada época que la conversación. El diálogo serio de ayer parecerá tímido mañana, ó superficial ó insulso. La conversación delicada y cortés de un tiempo parecerá pesada en otro. Madama de Remusat lo ha hecho observar en su *Ensayo sobre la Educación* (cap. XI). El ideal de la conversación, cuando se quiere fijar su más bello momento, retrocede y huye como todas las edades de oro. Madama du Deffand y Madama du Chatelet se

(1) El inconveniente de los libros de *Pensamientos* parecen con frecuencia pretenciosos y las mismas cosas dichas no lo serían. La sonrisa y el acento les hacen agradables; pero en el papel ya es otra cosa, porque el papel es estúpido.

quejaban de las costumbres de los hombres y Madama de Lambert decía que han perdido el verdadero tono. Madama des Houlières creía que era preciso remontarse hasta Bossampierre y Madama de La Fayette ha retrotraído la fecha de su novela hasta los Valois. Prefiero creer que, á pesar de nuestras quejas, no debemos desesperar. Cuando nos lamentamos tan vivamente de la pérdida de los placeres de la conversación (esto es como los escrúpulos en moral), se está muy cerca de merecer la excepción afortunada. Después de todo, ¿hubo nunca algo más?

Y puesto que estoy en esta cuestión de la introducción de la seriedad en las conversaciones mundanas, quiero señalar, al pasar, una consecuencia, pues es particularmente literaria. Desde el punto de vista del escritor, es un inconveniente el aportar más uniformidad entre lo que se *habla* y lo que se *escribe*; se habla con gran verbo y se escribe con menos. El tacto, la conveniencia que se encuentra con la pluma, no es siempre para el talento una compensación suficiente. Cuando se habla mucho de cosas que han de ser escritas se las descolora, se las evapora y al escribirlas han perdido frescura. La sociedad, sin embargo, gana en interés, y cuando no es para las personas un accidente ni un lugar de paso, sino una estancia habitual y necesaria, es preciso sacar todo el partido posible hasta pensar y reflexionar en alta voz, pues si no, se corre el riesgo de no tener tiempo para reflexionar. Ahora bien, para pensar en alta voz, operar sobre las ideas delante de testigos es un ejercicio brillante, un juego lleno de encanto y que acaba de apoderarse de nosotros. El pensamiento casto, recogido y ardiente se enfada y tiene también sus orgullos y sus pudores. No se piensa solamente en alta voz, se estudia, y así el giro va adquiriendo claridad y rapidez. La sensibilidad y la imaginación en el estilo, la expresión continente y celosa, se adquieren y se conservan de otra manera. M. de Buffon lo sabía bien, demasiado bien, y fuera de su torre de Montbard, no los prodigaba.

Tornemos á nuestro asunto. Madama de Remusat habia tenido siempre afición á la literatura. Habia escrito desde muy temprano con facilidad, con agrado, y han sido encontradas algunas pequeñas composiciones, cuentos é intentos de traducción de algunas odas de Horacio, de cuando tenia quince ó diez y seis años. Durante mucho tiempo, durante cada noche, escribía en un papel sus impresiones del día. Toda su vida ha escrito muchas cartas y largas, de las que la mayor parte han sido conservadas y podrían recogerse. Pero yo hablaré un poco de sus novelas. Ha compuesto varias y yo he leído dos. Una que se titula *Carlos y Clara*, ó *La Flauta*, es de 1814. Su asunto es singular y gracioso: En cierta ciudad de Alemania, dos emigrados franceses, un mozo y una muchacha, vecinos el uno del otro, se aman sin haberse visto nunca. El muchacho está enfermo; pero, sin embargo, por la noche toca la flauta. La muchacha que vive en un convento de al lado, cuidando á su abuela enferma, le escribe un día sabiendo que era francés, para rogarle de que no toque en ciertas horas porque molesta á su abuela, pero sí en otras, porque eso le serviría de distracción á la enferma y á ella misma. Ahí empieza ese cambio de cortos y diversos incidentes naturales que retardan el encuentro. Nace un amor tal como podemos suponerlo entre dos jóvenes muy jóvenes, muy puros y muy desgraciados. La joven criada María que sirve de mensajera entre ambos, contesta á algunas preguntas que le hace el muchacho acerca de su amada, y esto poco sirve para fijarla en su imaginación. La muchacha se dice que enseñará las cartas á su padre cuando llegue, á quien esperan de un día á otro. Esta idea la tranquiliza y continúan escribiéndose. La flauta y sus sonidos más tiernos tienen horas determinadas, y son como verdaderas citas.

El muchacho dice *nuestros pequeños conciertos*, y con razón, pues aunque él solo toca, sus dos corazones están de acuerdo. Un día, ciertos aires de Languedoc muy escogidos arrancan lágrimas á la abuela y des-

piertan tiernos recuerdos en su memoria debilitada. Otro día es la fiesta de Clara, y la música realista no falta. ¡*Encantadora Gabriela!*; *Ricardo ó mi rey!* los dos sentimientos redoblan sus pasos asociándose á los de los padres y los de los abuelos. En cierta ocasión, el muchacho que lee *Werther*, se exalta; el estilo de sus cartas es más ardiente, cuando de pronto el padre, en vez de llegar, envía á una de sus hermanas, una tía de la muchacha, que llega en su busca y se la lleva de la noche á la mañana. La pobre niña no tiene tiempo de prevenir al amable vecino que no ha visto nunca. Un minuto, un segundo solamente en el momento de la marcha, á las cinco de la mañana, el corto intervalo que pasa entre el llegar desde el umbral de la puerta del convento al estribo de la diligencia, el muchacho puede verla; pero ella cubre sus ojos con un pañuelo, acaso por la emoción que le causa la presencia de su amigo. Ella deja caer su pañuelo, que él recoge, y se marcha para siempre. Este es un cuadro admirable; dos almas hermanas separadas por un tabique, por un velo, y que se han adivinado desde el primer día sin deberse encontrar nunca de frente. Pero acaso la idea fuese más á propósito para enunciada que para seguida, y se prestase á un capítulo titulado *Viaje sentimental* ó *Viaje alrededor de mi cuarto*, más que á su desarrollo bajo la forma de cartas. Recordamos en las Memorias de Silvio Pellico, la encantadora novela esbozada de esa Magdalena arrepentida cuyos cánticos no oye sino á través de un muro, mas la novela queda en el aire y flota como un ensueño. Madama de Remusat dibuja bien la escenas y yo pediría al estilo, siempre elegante y puro, sino más brillantez, al menos, menos previsión, y algunas negligencias femeninas. Falta muy poco á esta novela para ser digna de figurar entre una agradable producción de Madama Riccoboni y otra de Madama de Souza. Le falta una cierta juventud, es decir, debió salir á tiempo del cajón, á fin de vivir en su estación y haber respirado pleno aire y pleno sol.

En estas obras, en las que hay colores y flores, va una gran diferencia entre el envejecer en el cajón ó envejecer á la luz. Las obras que se encuentran en este último caso, pueden decir : *He tenido mi tiempo*. Se han unido al público, formaron parte de sus impresiones una vez, y envejecen con armonía.

La segunda novela de Madama de Remusat, de la que quiero hablar, *Cartas españolas ó El ministro*, es una composición de otro orden más importante. Comenzada hacia 1805, en la corte imperial, no fué terminada hasta 1820, y así ocurre que en su trama se ven las modificaciones sucesivas que sufrieron las ideas del autor, pues el talento de Madama de Remusat, siempre activo, se modificó y se maduró incesantemente.

La primera restauración la encontró dispuesta. La fatiga de los ingenios era grande al final del Imperio. Había visto demasiado y tocado muchos resortes para no haber sufrido desengaños. Hablaba confididamente desde hacía muchos años con el personaje más elevado (M. de Talleyrand). Con un sentimiento de esperanza, y casi con una cierta vehemencia de antiguos recuerdos, acogió el orden que renacía, que debía ciertamente disminuir la posición adquirida por ella. La pequeña novela de los jóvenes emigrados demuestra en varios detalles el matiz borbónico que tuvieron sus pensamientos. Pero los sucesos y las ridiculeces de la reacción realista, sobre todo en 1815, hicieron que adquiriese la exactitud en el punto de mira de todas las cuestiones. Las ideas constitucionales reaparecieron en el tapiz como por la primera vez, y su firme inteligencia se hizo cargo de ella en toda su extensión. Las condiciones de una sociedad nueva y de un porvenir laborioso quedaron desenmascarados en la lucha, y ella aplicó sus meditaciones y sus previsiones de madre. Los resultados principales de su experiencia definitiva acabaron en su obra *Educación de las mujeres*, de la que aprovecharon también las *Cartas españolas*.

De primera intención esta novela no debía probablemente analizar sino el titubeo de un joven español

don Alfonso de Alovera, colocado entre dos encantadoras muchachas, pues mientras que á una de ellas la ama, su ambición le aconseja que prefiera á la otra. Me figuro que el tono general habría sido fundado en pensamientos como este : « ¿ Por qué la prudencia que sospecha ha de vencer á la confianza? ¿ Por qué las conveniencias de la sociedad han de turbar la alegría del corazón? » Al avanzar la vida se agranda y se transforma; el joven enamorado se encuentra mezclado en los asuntos importantes. El ministro, padre de Inés, la muchacha que le conviene á su ambición, ocupa el primer plano de la novela con la descripción de su carácter. Las novelas de Wálter Scott pasaban entonces el estrecho y se comenzaba á pensar en la exactitud necesaria en las producciones de los lugares y de las personas. Al principio la descripción histórica era vaga, no decía el reinado y no dibujaba al ministro más que en términos generales; pero luego Madama de Remusat logró imprimir á sus cuadros un color fiel, y reproducir verdaderos españoles, una verdadera corte, verdaderos frailes, y un jesuita que habla maravillosamente. Su lectura hace pasar antes los ojos una larga novela desarrollada por cartas, sensata, regular, de un interés lento y creciente, con caracteres estudiados y seguidos, con situaciones prolongadas y complicadas, perfectamente definidas y seguidas hasta el final. Encuentro que hay observaciones acerca del mundo y delicadezas sentimentales, que no son ni el verdadero mundo ni el ideal novelesco. Se ve á una persona que conoce el mundo, que posee bien el secreto de las cortes, pero que no lo dice todo. Cómo no reconocer su *debut* entusiasta de 1802, en la exclamación de Alfonso después de una frase adulatoria del soberano : ¡ Ay hermana mía ! Qué fuerza y qué poder tienen las palabras de los reyes. Qué agradecimiento nos despiertan los menores testimonios de su benevolencia. Un pequeño signo de su bondad, una prueba de su recuerdo decide de nuestra suerte, y la abnegación de toda nuestra vida entera es la respuesta que creemos debida á la más leve apa-

riencia de interés. » Me extrañaría que no mezclase un recuerdo presente al relato de esa excursión al campo que la reina idea para reponer al rey enfermo y de la etiqueta : « En efecto á nuestra llegada á Aranjuez el rey nos anunció, que fiándose en nuestro respeto, el ceremonial sería suspendido, y que cada uno tendría la libertad de obrar según su propia fantasía. Tú, hermana mía (es una carta de Alfonso), que eres algunas veces burlona para con nuestros cortesanos, te habrías divertido viendo el embarazo en que nos puso esta declaración. Es cierto que nos fué hecha con la gravedad que no abandona nunca el rey. La improvisación es siempre cosa difícil, y particularmente la de la libertad. Es preciso confesar que no sabíamos qué hacer de la nuestra. La imaginación no se atrevía á ir muy lejos, y los propios soberanos se esforzaban en averiguar lo que ellos podían hacer. A pesar de la buena disposición del señor y de los súbditos, las horas han transcurrido como de ordinario, y al regreso á Madrid, cada cual ha continuado en buen grado sus obligaciones, los unos mandando y los otros obedeciendo. Y las reflexiones que siguen son de una perfecta y triste realidad : « En el fondo, hermana mía, el ceremonial de la Corte, del que se quejan con frecuencia, tiene, á mi entender, algo de útil y casi de moral. Cerca de los príncipes, el interés personal está tan en guardia, las malas pasiones están con frecuencia tan en juego, que si fuese preciso obrar siguiendo nuestras propias sensaciones, daríamos á quien nos observase un triste espectáculo. La etiqueta echa un velo uniforme sobre todo esto, y es una especie de medida positiva que da á los tonos discordantes las apariencias de la armonía. »

Hay en esta Corte una condesa de Lemos, mujer de talento, que se atreve á presentarse tal como es, preocupándose poco de lo que de ella piensen : « La actitud independiente que sabe conservar, dice el autor, me hace imaginar algunas veces que, en esta misma Corte, en la que apenas se habla, no sería difícil creer que es permitido decir todo con tal de permitir que lo piensen

todo. » En efecto con gran facilidad se piensan muchas cosas. Don Alfonso ha tenido la dicha de salvar la vida á la reina en una cacería. La soberana le ha demostrado su agradecimiento con vehemencia, que sale de los límites de la etiqueta y he aquí que se le supone enamorado y favorecido. A la política del ministro le interesa que se crea esto y que Alfonso se preste á ello. El sutil arte con que el hábil patrón intenta inocularle la idea, la especie de negligencia con que le dice cómo por casualidad el rumor que circula, el primer impulso de protesta y de indignación de Alfonso, quien luego poco á poco se somete, todos estos puntos están tocados sabiamente. Se adivina, por muchas escenas, que M. Talleyrand ha servido de modelo, y la pintura parece en general suavizada, más bien que disfrazada, por la amistad. Esta figura impasible, *demasiado hábil para traicionar su propio triunfo, ese tono medio burlón y medio benevolente que le son muy característicos, esa suavidad que puede ser una maña más*, son rasgos que no se parecen más que á los de M. Talleyrand. El autor está muy lejos de negarle al ministro español toda cualidad afectuosa. Nos engañamos con frecuencia en nuestros juicios cuando pensamos que en un hombre es por completo lo que parece. La naturaleza no tiene esta unidad, y porque la vida de la Corte y la práctica de sus intrigas hayan desvirtuado las facultades sensibles de tal personaje, no se puede afirmar que estén totalmente destruidas. » Un día, después de una comida oficial en casa del ministro, la conversación se sostiene con un extraño interés : « Cosa rara (dice uno de los personajes de la novela), gracias á la libertad de espíritu de que el ministro daba ejemplo á todos, sus conversaciones diplomáticas no parecían estudiarse. Yo hice esta observación al duque cuando los comensales se hubieron marchado : « Pienso, me dijo, que es una señal de medianía y casi de desdén, el no permitir que ninguna cuestión seria sea tratada delante de él. Existen nociones importantes que no se pueden obtener más que por la conversación. Basta con saber resistir

al arrastramiento que le acompaña, pues hay una especie de borrachera en ese placer del cerebro. » La maquinación tramada por el ministro, que está á punto de ser la causa de que perezcan los personajes que le son más queridos, no hace más que retardar un poco su caída. Su vieja amiga la condesa de Lemos le había dicho : Tened cuidado, la intriga cuando se complica deja de ser un medio y se torna una dificultad más. » En el momento de su retirada y de su viaje por el campo, que no ha visto desde hace tanto tiempo, en donde se pasea con una sombra de sonrisa y mirada apagada, sorprendo este pensamiento : « En todas las desgracias que nos ocurren, hay un momento doloroso que debemos apresurarnos á recorrer; es como un pasaje obscuro y difícil, una especie de pórtico entre la desesperación y el resignarse. Yo pondría la inscripción contraria á la del Dante en las puertas del Infierno. Una vez pasado este momento se miden las pérdidas y nos damos cuenta de los consuelos que nos quedan. Para un ministro en retirada, este momento debe hallarse en el primer día, en la primera noche que sigue á su desgracia. » Debemos desear á todos nuestros ministros que han caído, ó que caerán, que franqueen en un día, ó en una noche, este pasaje subterráneo, que como el de Pausliupo, debe hacerle visible el espectáculo de más bellos cielos.

No hago más que insistir acerca de una cuestión que todos no pueden juzgar como yo, y cuyas pruebas serían muy largas de conseguir. Podría citar escenas verdaderamente encantadoras y profundas, en las cuales esta reina tan encadenada por la etiqueta, admitiendo el efecto que todo el mundo achaca á don Alfonso, traiciona delante de él su flaqueza de mujer y no puede acallar sus lágrimas. En suma, si las *Cartas españolas* están faltas de otra cosa que de la publicidad para ser una bella novela, son al menos un lindo estudio.

Llegamos al último trabajo de Madama de Remusat, á su libro sobre la *Educación de las Mujeres* publicado por su hijo, con mucha frecuencia las mujeres serias y

sensibles, se asombran en su juventud, ante los obstáculos que el mundo opone á la realización de sus sentimientos, á los afectos naturales, y más tarde ante otras trabas para los estudios serios y profundos. De ahí que se sientan inclinados á hacer novelas sentimentales cuando son jóvenes y libros de educación cuando son viejas. En Madama de Remusat, todo contribuyó, consideraciones y circunstancias á esta última fase de su madurez. La Revolución había cambiado la condición de las diversas clases sociales y desquiciado, en cierto modo, el centro de sus fuerzas, tendiendo á establecerle para el porvenir en la clase media. Pero los períodos turbulentos y después el brillo del Imperio, habían aminorado este resultado, que no volvió á emprender de nuevo la marcha sino después de la Restauración. Madama de Remusat, un poco distraída por los sucesos de que había sido testigo presencial, se encontró de repente con su talento meditativo, en presencia de esas cuestiones que sobrevinieron, y en posición más adecuada para bien informarse. Su puesto y el de su marido estuvieron desde entonces, en el partido constitucional de la Restauración, en esa opinión el Centro de la izquierda de entonces. M. de Remusat, nombrado prefecto de Toulouse en 1815 y de Lille en 1817, no debía ser destituido más que por el ministro Villèle, cuyo primer acto reaccionario fué éste. Esta vida de provincia dejaba á Madama de Remusat más tiempo para dedicarlo á sus placeres; pero continuaba ocupándose del movimiento íntimo de París por la precocidad de su hijo que entraba entonces en el mundo, con quien sostenía correspondencia constante. El le proporcionó nuevos amigos, entre ellos Madama de Broglie, con la que estuvo en los últimos años verdaderas y tiernas relaciones. Si el más noble adorno de un hijo es el tener á su madre por confidente y compañera, veo en este caso también un rejuvenecimiento de la madre. Por muy inteligente que se sea, es preferible comprender las ideas por el corazón. Entre madres é hijos, se observa que la afinidad es

grande. Por ellos, ellas tienen un espíritu más valeroso. En su compañía irán de buen grado á los viajes, á las luchas y hasta á las ideas nuevas. Esta mujer tierna, tranquila, acostumbrada á los deberes amables de la sociedad, cuyo talento reflexivo no había pensado nunca en trasponer los límites de un horizonte reducido, la vemos de repente en la edad del reposo, cuando el corazón gime y se queja por las cosas que se van; la vemos reanimarse, sonreír ante nuevos puntos de vista, tomar parte en nuevos proyectos, y en lugar de volver la espalda al porvenir marchar acompañando ó más bien precediendo á su guía muy amado, y al verlo de lejos tan activa y tan ligera diríamos que era su hermana.

Como Madama Nécker de Saussure y como Madama de Guizot, Madama de Remusat se preocupa vehementemente del porvenir de su sexo en esta próxima sociedad que ha de asentarse en bases aún vacilantes. No abordará los detalles de un libro que cada cual puede apreciar. Todo su objeto tiende al acuerdo de la moral, de la seriedad y del ingenio. Se adivina una inspiración particular como una musa secreta. Es preciso ser madre para preocuparse tan tiernamente de lo que vendrá después de nosotros, y el trazar su ideal es pensar en su hijo.

Madama de Remusat estaba pues, hacia 1820, en la madurez de su talento, en el desarrollo de sus opiniones probablemente definitivas, pero sin embargo, muy activas; se había vuelto la misma sencillez alegre y con una gran facilidad en la conversación. Amaba la juventud y lo nuevo, era un poco burlona, piadosa ó más bien cristiana, sin gran fervor aparente, pero muy firme en las creencias esenciales. Aunque envejecida antes de tiempo, su salud parecía mejorada ó, al menos, la dejaba más libertad de acción. Se había aficionado á la vida interior y doméstica y se había entregado por completo á la dicha de los suyos, cuando murió prematuramente en Diciembre de 1821.

En un cuadernito de pensamientos, leo preciosas confidencias que trazó como continuación de sus sentimientos religiosos de toda su vida acerca de sus dis-

tracciones en los años de frivolidad. Es toda una vida íntima, un filón oculto al mundo y del que nadie sabe la existencia. No seamos nunca pronto á juzgar los misterios de las almas. Es consolador pensar que si no se adivina todo el mal tampoco se sospecha todo el bien. A partir de 1806 en que hizo un viaje á Caunterets estando enferma, el pensamiento cristiano no la abandonó totalmente, y podemos seguir sus huellas en este cuaderno por una continuación de extractos de Pascal, de Fenelón, de Bossuet, de Nicole y de San Agustín, y por las oraciones que ella misma había compuesto ó que la había enseñado Madama de Ventimille. En él copiaba la bella carta de Madama de Maintenón á la duquesa de Ventadour. Pero esto no era sino lo que ella llama *medios intentos*, pues el gran suceso interior, la reconciliación, tuvo lugar en Abril de 1812. Una grave enfermedad que sufrió al principio de este año, y otra que sufrió su hijo, fijaron de una vez sus irresoluciones. Se acercaba la Pascua y se decidió á escribir al prudente abate Le Gris-Duval. Ella exageraba un poco sobre el acceso á la religión, la dificultad de obra, la necesidad de pruebas extraordinarias; pero el respetable eclesiástico la tranquilizó. Osemos, alzar, no para alabanza para ella, sino como lección para algunos, una punta de este santo velo. « Sois vos, Dios mío — exclamaba, — quien habéis permitido que yo viniese á este mundo al que todos somos llamados para hacer un corto y penoso viaje. Cuando éste termine volveremos hacia vos. ¿Cómo me recibiréis cuando haga al pie de vuestro santo tribunal el relato de una vida, casi exenta de buenas obras? ¿Me podré alabar de haber sido prudente, habiendo sido dichosa? ¿Podré contaros algunas pequeñas limosnas que no me costaron privaciones? ¿Diré yo que no odiaba nada á mis enemigos, cuando vos habéis permitido que mi corazón estuviese ocupado enteramente por los sentimientos más dulces? ¿Qué será de mí cuando me reprochéis el haberme enorgullecido por mi felicidad y haberme sentido orgullosa por ser feliz hija, feliz mujer y feliz

madre? Entonces me acordaré con amargura que he olvidado dar gracias á mi creador por todos estos bienes que me ha entregado... » Y el abate Duval, con su acento sencillo y persuasivo le contestaba : Decís que sois dichosa; entonces ¿ por qué afligiros? Vuestra dicha es una muestra del afecto que Dios siente hacia vos y si en efecto, vuestra alma es amante, ¿ puede negarse á responder á la benevolencia divina? La religión, fuera de ciertos casos, quiere una vida activa. Es más fácil, creedme, abandonar su corazón al amor y al reposo en el retiro, que servir á Dios en el mundo... Grabad en vuestra alma esta primera verdad, que la religión quiere el *orden* ante todo, y que puesto que ella ha permitido y consagrado el establecimiento de las sociedades, se complace en fomentar los deberes que concurren á sostenerla... Pero, sobre todo, desechad ese error, de que sólo las penas pueden hacernos agradables á Dios. Dejad á la vida y al tiempo que nos la traen. Basta con estar dispuestos á sufrirlas. Disponéos á la resignación y, entretanto, no ceséis de dar gracias á Dios por la paz que reina en torno vuestro. »

Tan sabias palabras la tranquilizaron y probablemente acabaron de regular la línea interior de su conducta. Estas humildes oraciones de Madama de Remusat recuerdan otras igualmente penetrantes de Madama de Duras. Nos complacemos en ver cómo las almas más tiernas, cómo las más tormentosas, buscan un mismo puerto. Pero me detengo; pues no he tenido otra intención al abordar este abismo insondable, que señalar á uno de los espíritus más serios, más delicadamente inteligentes y más perfectos que la antigua sociedad donó á la nueva.

En medio de los diversos papeles tan bien cumplidos, de críticos, de historiadores literarios y de biógrafos, me ha parecido que había uno digno de observarse y ser tenido por divisa : introducir lo más posible y fijar por primera vez en la literatura todo lo que no era antes del todo, es decir, lo que existió en la sociedad y que ha vivido

15 Junio 1842.

## MADAMA DE PONTIVY (1)

No, no es cierto que el amor no tiene más que un tiempo más ó menos limitado para reinar en nuestros corazones, que después de una época de brillo y de embriaguez, su declinar es inevitable, que *cinco años*, como han dicho, sea el plazo asignado por la naturaleza á la pasión que muere por sí sola. No, no es verdad que el amor en los corazones sea unyo no sé qué, que un nada hace nacer y que otro nada desvanece, que esta bella y elevada pasión sea como un cristal precioso que se rompe al menor golpe sin que nada pueda repararlo. Esto, algunas veces, ocurre así. Pero, cuando el pensamiento y el alma preparan al amor el lugar debido, cuando los recuerdos antiguos encantadores intervienen, cuando los corazones son fieles, un accidente, un enfriamiento momentáneo no son irreparables. El amor, como todo lo que se relaciona con el pensamiento, no puede estar á merced de un error involuntario, no se rompe como el espejo cuyo marco nuevo se agrieta por efecto de un sol ardiente ó bajo una lluvia constante : permanece intacto. No es siquiera un diamante que puede ser rayado. El alma misma, vive una vida invisible, se cura con sus propios bálsamos, se repara, vuelve á empezar, no cesa, va hasta la tumba y se eterniza más allá. Esto es el amor, tal como merece ser recordado sin cesar, y del que se han visto tan tiernos ejemplos. Más de uno (y sin duda

(1) Aunque los dos retratos que siguen no tienen nada de literario nos hemos atrevido á incluirlos en este volumen. Seríamos felices si no se los encontrase demasiado fuera de lugar y demasiado cerca de los autores de la *Princesa de Cleves* y de *Valeriana*.